

Te invitamos a leer  
las primeras páginas de este libro,  
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,  
acá podés conseguir tu ejemplar.

**COMPRAR LIBRO**

Marc Caellas

# NOTAS DE SUICIDIO



**INTERZONA**

## INTERZONA

---

Caellas, Marc

Notas de suicidio / Marc Caellas. - 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2023.

160 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de ensayos)

ISBN 978-987-790-086-6

1. Ensayo. 2. Ensayo Sociológico. I. Título.

CDD 300

---

© Marc Caellas, 2023

© interZona editora, 2023  
Pasaje Rivarola 115  
(1015) Buenos Aires, Argentina  
[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)  
[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

© Primera edición en España, La uña RoTa, 2022.

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra  
Composición de interior: Natalia Brega  
Composición de tapa: Natalia Brega

ISBN 978-987-790-086-6

Libro de edición argentina.  
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Para Susana, todavía



*Notas de suicidio* tuvo su germen en la obra *Suicide Notes*, una pieza escénica creada con David G. Torres, interpretada por Esteban Feune de Colombi y Sara Vidal Cabré, con música de M.O.N.K. (Antonio Miyagi y Juan Pablo Balcázar) e iluminación de Conrado Parodi, cuya versión definitiva se estrenó en enero de 2020.



*Me  
Parece  
Vitalmente  
Siniestro  
Que los suicidas  
No  
Hubieran  
Querido  
Seguir  
Muriendo*

EFRAÍN HUERTA



## ANTECEDENTES

Tras muchos meses leyendo sobre el suicidio, sus razones, justificaciones o circunstancias sigo sin tener certeza de nada. Tampoco la necesito ni la busco, pero sí me pregunto cada tanto sobre cómo sería el formato del mío ¿cuál es la mejor manera de dejar este mundo? Como escritor, director de teatro o artista me interesa más la forma que el resultado, más el concepto que la consecuencia, más el estilo que la trama. El suicidio es también una manera de llevar al límite las propias convicciones sobre la vida y la muerte, el modo extremo en el que unos valores se ponen a prueba de forma definitiva.

Me tranquiliza mucho saber que el suicidio es una opción que está ahí, al alcance de la mano. Es el comodín del juego de cartas de la vida, la pista secreta para saltar a lo desconocido, el salto sin red hacia el abismo. Me intranquiliza que aún no sea fácil su ejecución. Me pone de los nervios discutir conmigo mismo si cortarse las venas es menos doloroso que ahogarse en el mar, si es preferible un disparo a la cabeza que una pastilla de cianuro, si el cadáver lucirá mejor después de ahogarse con gas o si es preferible una muerte por intoxicación alimentaria.

Quizás me preocupa, interesa o atrae el suicidio porque tengo problemas con la vida. Como tú, lector. Como cualquiera que se resiste a doblegarse ante las “recomendaciones” del banquero, el político o el familiar. Como cualquiera que no se arrodilla y quiere vivir. El suicidio es una derrota en la lucha a muerte con la vida.

Tampoco es que esté pensando en el suicidio constantemente. Para nada. La investigación, ensayos y lecturas que me han



obsesionado estos últimos años resultaron ser el mejor antídoto o gel retardante para mi posible suicidio. No tengo ninguna prisa para hacerlo, es más, creo que haber entendido que el suicidio es una vía que siempre está libre para transitarla me ha relajado tanto que veo lejano el momento de ejercerlo. Me hace reír la anécdota que cuenta Cioran, de esa mujer que le escribió diciéndole que quería suicidarse con él, ofreciéndose para acompañarle cuando decidiera tomar el paso. Cioran cuenta que pensó que no le gustaba nada suicidarse por encargo, y menos con una persona desconocida, que no sabía cómo era. No podría suicidarse con una fea, se decía. Además la mujer le proponía diversas modalidades para realizarlo. Entre ellas estaba la de hacer un viaje a una isla del Mediterráneo y adentrarse en el mar nadando hasta ahogarse juntos. Pero Cioran nunca supo nadar.. El filósofo rumano se convirtió en una suerte de oráculo de los suicidas y durante una época muchas personas le escribían o le llamaban informándole de su suicidio y pidiéndole consejo sobre cómo actuar. Cioran no podía responderles que no lo hicieran, puesto que él creía que el suicidio es una solución, pero tampoco podía inducirles a matarse. Cioran resolvió decirles que cada día postergaran para el siguiente el hecho de matarse, y así hasta el día en que ya no pudieran aguantar más.

Ésa es la actitud que hay que tomar. Franco Battiato lo expresa en una canción, *Breve invitación para posponer el suicidio. Está bien, tienes razón, si te quieres matar. Vivir es una ofensa, que despierta indignación. Pero por ahora recházalo. Es sólo una breve invitación, aplázalo.*

Así, el verdadero suicidio, el más logrado, es el de quien lo tiene en su repertorio de posibilidades, pero lo deja para después. Un “no dejes para hoy lo que puedes hacer para mañana”. Una procrastinación en caso de que todo salga peor. Un salvaconducto. Un placebo analgésico ante el dolor de la vida.

Admiro a Cioran por muchas razones: su renuncia a trabajar, su empatía hacia los fracasados, su sentido de la libertad y también

su militancia contra los pensadores de salón, los filósofos con carnet. Para Cioran la filosofía debe ser una experiencia personal, algo vivido primero con el cuerpo. Cioran cree que la filosofía debe ejercerse en la calle. De esa manera la filosofía se hilvana con la vida. Así sus teorías sobre el suicidio parten de su experiencia personal. Unas se contradicen con otras, o se complementan, o se anulan, depende, pero siempre están relacionadas con procesos que Cioran vivió. Así, en una entrevista asegura que el noventa por ciento de los suicidios se deben al insomnio. El propio Cioran lo padeció durante años y de ahí concluye que “un insomne se suicida, mientras que quien desconoce el insomnio no se suicida, salvo si es un estafador o un ladrón o un criminal que quiere acabar de una vez, pero, en general, no”. Cioran opina que el insomnio se soporta si uno no trabaja, como fue su caso. Cioran estaba muy agradecido a sus padres por haberle financiado sus insomnios. Fueron su antídoto contra un suicidio prematuro.

Otra teoría de Cioran vincula el suicidio con el sentimiento religioso. Así, saber que puedes matarte funciona como una religión al revés, una religión pervertida. Sería ésta una religión que te insta a pensar y a escribir sobre el suicidio. Pensar y escribirlo son rituales de conjuración. Cioran soportó la vida gracias exclusivamente a esa idea, que fue su sostén: “Eres dueño de tu vida, puedes matarte cuando quieras”, y así es como pudo soportar todas sus locuras, todos sus excesos. Con los años esa idea fue algo parecido a la idea de Dios para un creyente, una muleta, un apoyo, un punto fijo en la vida.

Cioran también ofrece remedios para no ejercer el gesto definitivo.

Dice: “No merece la pena matarse: siempre lo hace uno demasiado tarde”.

Dice: “Más de una vez me ha ocurrido salir de casa porque, de haberme quedado, no estaba seguro de poder resistir a alguna resolución súbita. La calle es más tranquilizadora porque se piensa

menos en uno mismo, y porque en ella todo se debilita y se deteriora, empezando por las angustias”.

Los libros de Cioran han impedido una buena cantidad de suicidios. Cioran lo atribuye a su pasión. “Yo no soy pesimista sino violento”, dijo. A Cioran le escribía mucha gente pidiéndole consejo, o ayuda, para matarse. Un amigo de infancia, de origen armenio, huérfano de familia y cansado de vivir, le escribió para pedirle autorización para suicidarse. Cioran le respondió: “Si aún puedes reír, no lo hagas, pero, si no puedes, entonces sí”. Una respuesta brillante. La risa como única excusa para la vida. Reír como acto revolucionario.

Sonríó cuando pienso en el escritor austríaco Jean Améry, sobreviviente de Auschwitz, cuyo nombre de nacimiento era Hans Mayer, que le escribió en una carta a María, su segunda esposa: “Figúrate, un estudiante me ha preguntado hace poco: ¿Por qué ha escrito usted este libro sobre el suicidio y no se ha suicidado? Le respondí: ¡Paciencia!”. Es lo que diré yo a partir de ahora, si es que me preguntan.

Pienso en Améry suicidándose en una habitación de un hotel de Salzburgo con una ingesta de somníferos, el 17 de octubre de 1978, dos años después de la publicación de *Levantar la mano sobre uno mismo*, el libro al que se refería el estudiante, exactamente el mismo día, cinco años después, de la muerte de la poeta austríaca Ingeborg Bachmann, a la que nunca conoció y a la que admiraba profundamente. Améry dejó una nota para la policía en la que aclaraba que el único culpable era él y en la que se les pedía que avisasen de inmediato a su esposa.

Pienso que si el libro de Améry es uno de los mejores sobre el tema que nos ocupa es porque rechaza la voluntad totalizante de las teorías sociológicas y psicológicas sobre el suicidio. Améry habla la lengua del suicidario, lengua en la que es difícil debatir con los que opinan que no es el individuo quien se da muerte libremente, sino que es la sociedad quien conduce al individuo

indefenso hasta el suicidio. Améry reclama que analicemos al suicidario en el único lugar donde se le puede encontrar, en su propio sistema inalienable. Dice: “Cada cual se pertenece a sí mismo en los momentos vitales decisivos y cuando no quiere pertenecerse a sí mismo porque se ha entregado a una idea, a una asociación humana, o a una ilusión, sigue siendo su autopertenencia lo que le impele a actuar o a abstenerse de hacerlo”.

Pienso que las notas de suicidio están escritas en esta lengua que menciona Améry y por esa razón su lectura comparada es muy pertinente para avanzar en las contradicciones irresolubles del suicidio, para dejar constancia de cómo estos hombres y mujeres llegaron a ese momento, a ese instante previo a la muerte en la que escribieron sus últimas palabras.

### **El suicidio asistido**

En Venezuela, país donde viví varios años, se usa una expresión del habla popular que siempre me interpeló: asume tu barranco. Significa que uno es el único responsable de solucionar sus “problemas” con la vida. No tenemos que esperar que nadie haga el trabajo por nosotros. Es un tema personal. Si no se afronta pues, asume tu barranco, chamo. La asunción de las responsabilidades es algo que el neoliberalismo nos ha inculcado a todos. Si te enfermas es porque no te alimentaste bien. Si te quedas sin trabajo es porque no diste la talla. Si te suicidas es porque eres un débil mental.

Para la mentalidad occidental bien pensante el suicidio comparte con el consumo de drogas el lugar antes reservado a la masturbación o la homosexualidad. De ser pensado como un acto libre en la Antigüedad pasó a ser pecado con el cristianismo, luego se convirtió en un crimen y ahora se considera una enfermedad. El poder nos quiere como ciudadanos dependientes. La autoridad

gobierna como si todos fuéramos niños, ancianos o enfermos. De ahí la guerra moral contra el autoconocimiento, el libre albedrío, la exploración de la conciencia con sustancias psicoactivas o el suicidio. Contra este poder desmesurado que las autoridades otorgan al cuerpo médico sólo queda oponerse enarbolando la libertad, la responsabilidad y el autocontrol en todas las fases de la vida, incluida la final.

Los suizos y su orden me aburren en grado supremo, pero admiro que hayan organizado unas clínicas donde morir sin necesidad de ensuciarse las manos. De acuerdo con el artículo 115 del Código Penal Suizo, el suicidio asistido es legal, siempre y cuando la persona que ayuda no lo haga por motivos egoístas. La legislación suiza también exige a la persona que desea morir que esté en su sano juicio y que mantenga el control sobre el acto. Para los no suizos el inconveniente es que se necesita una cantidad de dinero, alrededor de diez mil euros, nada desdeñable.

El gran cineasta Jean-Luc Godard optó por este derecho bien humano que garantiza el estado suizo y del que deberíamos tomar nota. Fue el 13 de septiembre del 2022. Tenía 91 años. Godard no estaba enfermo, simplemente estaba agotado y decidió terminar. Godard le pidió a su familia que se recalcara a la prensa que ejercía su derecho al suicidio asistido. “Era su decisión y para él era importante que se supiera”, señaló un allegado al diario *Libération*, el primero en anunciar el fallecimiento. Horas más tarde, salió un comunicado de su esposa, la cineasta suiza Anne-Marie Miéville, en donde señalaba que Godard ‘murió apaciblemente en su domicilio, rodeado de sus personas más próximas’.

Aunque también pienso que esa clase de uicido por encargo, absorbido por el sistema o por la biopolítica, anula el salvajismo de decidir sólo qué mierda hacemos con nuestras vidas. Una clase de suicidio domesticado, aburrido, cobarde.

¡Que nos dejen acabar con todo, librados del confort, con furia, con espanto, con dolor, que nos dejen al menos un acto!

Felicito también la iniciativa del médico australiano Philip Nitschke, inventor de Sarco, el primer dispositivo puesto a disposición de los que quieren suicidarse de manera cómoda e indolora en pocos minutos. Tiene forma de cápsula, sarcófago o ataúd y, al activarse, acción que sólo puede ejecutarse una vez dentro, el espacio se llena de nitrógeno líquido y el oxígeno se reduce al 5%. El suicida queda inconsciente y muere sin sufrir. La sensación, según su creador, es como la de despresurización de una cabina de avión.

Dentro de una categoría que podríamos definir como *iniciativas geniales para las que aún no estamos preparados* colocaría en uno de sus primeros lugares la *Torre para suicidas*, una idea del artista Isidoro Valcárcel Medina. Para Isidoro este edificio no es tanto un proyecto utópico como prematuro. Es inútil negarlo, suicidas va a haber siempre, de hecho cada vez hay más, aunque se oculten las cifras. Por tanto, el deber de la administración pública es ofrecer las comodidades necesarias a un numeroso grupo de ciudadanos. Así, la *Torre para suicidas* es esa instalación necesaria para llevar a cabo el último gesto en vida, evitando que se utilicen en su lugar monumentos, rascacielos, puentes o vías de ferrocarril para una acción para la que no fueron diseñados.

Alguien dijo que el suicidio era una solución permanente a un problema temporal, pero la vida también se puede contar como la suma de una serie de percepciones erróneas que conducen a una montaña de decisiones equivocadas. Errar es humano y el suicidio puede ser visto como el gran error final.

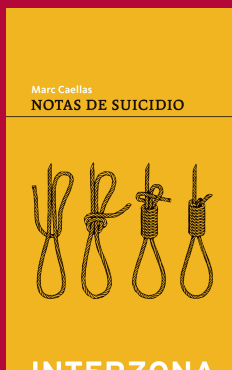
## **El suicidio en la sociedad del espectáculo**

El suicidio es un acto público, casi nadie se suicida en secreto. La mayoría de los que saltan al mar en el Golden Gate lo hacen cara a San Francisco. Muy pocos saltan del otro lado, mirando al

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?  
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en [interzonaeditora.com](http://interzonaeditora.com)  
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



[COMPRAR LIBRO](#)

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

**INTERZONA**